

NUMEN

Semanario de Arte, Sociología, Actualidades y Comercio

Es Propiedad

20 cts.

DIRECTORES:

Juan Egaña y Santiago Labarca

Administrador: González Vera

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3323. — SANTIAGO
Santa Rosa 393-399

EDICIÓN DE 12 PÁGINAS

20 cts.

AÑO II

SANTIAGO DE CHILE, NOVIEMBRE 22 DE 1919

NUM. 32

El espíritu de servilismo, en su máximo



¡Demonio! ¡Suéltame! — ¡De ningún modo, mi teniente! ¡Jamás dejaré a mi superior en peligro!

Arte y Estudios

LA POESÍA

I

Ha pasado el tiempo en que las reinas besaban la boca de los poetas dormidos o los reyes se honraban tan to de cincelar un soneto como de ceñirse la corona. Hoy los mismos autores de versos se complacen en denigrar la poesía; y aún Chateaubriand (que vive por el sentimiento y la imaginación de sus libros); sostiene que "volverse poeta equivale a perder la fuerza del pensamiento." Sin embargo, a un Chateaubriand se opone un Victor Hugo: el autor de *Hernani* y la *Leyenda de los siglos*, el hombre que versificó por espacio de setenta años, considera la poesía como un sacerdocio, dice que el poeta ejerce cargo de almas y no vacila en afirmar que "veinte versos de Virgilio ocupan más sitio en el genio humano y hasta en el progreso de la civilización, que todos los siglos ha bidos y por haber".

La antigüedad nos ofrece un contraste muy curioso: mientras Platón ve la poesía como un arte nocivo a la sociedad, Aristóteles la mira como algo más filosófico y más serio que la historia. Y ¿quién era Platón? un poeta divagando en las nebulosidades de la metafísica, una especie de Chateaubriand pagano. Y ¿quién era Aristóteles? un sabio encerrado en el dominio de la naturaleza, el Bacon y el Darwin de la Grecia.

Hace algunos años en una sociedad literaria de Europa se discutió largamente para decidir si la poesía estaba condenada a desaparecer con el adelanto de las ciencias y la industria? Como no sabemos el fallo de la dócta asamblea o clave literaria, nos ceñiremos a insinuar que si la poesía deja de vivir, no deberá su muerte a la industria ni a la ciencia.

"El aquello será matado por esto" que quiere realizar en el campo de la literatura: la prosa tiende a eliminar el verso, como el gas eliminó a la bugía, como la luz eléctrica va eliminando al gas. Y se comprende. Si antiguamente la poesía condensaba toda la ciencia, toda la religión y toda la filosofía de una época, hoy toda la savia y toda la médula del pensamiento humano se encierran en la prosa. Así mientras los sabios y los filósofos de Grecia componían sólidos y nutridos poemas donde sintetizaban su concepto del universo y de la vida, los rimadores y alicionados de nuestro siglo hivanan rotundas y endebles estrofas donde analizan las alteraciones morbosas de su organismo. No florecen los verdaderos poetas, aunque pululan los buenos versificadores, quiere decir, los hombres adiestrados en distillar con el ropaje del verso las deformidades que resultarían en la austera desnudez de la prosa. ¿Quién sabe si en muchos versificadores se oculta un promotor en bancarota! En ciertos individuos el arte de rimar se confunde ya con el oficio mecánico: escriben una silva o un soneto de igual manera que un obrero torna una columna o engoma una tela.

SINFONIA DESOLADA

(Del libro aparado: Y DOLOR, DOLOR, DOLOR...)

PRELUDIO

Oh, Jesús... cuando yo era pequeño... cuando yo era un intento de Vida boetado en obscuras vibraciones de niebla, mi madre—cuerpo y alma forjados por pretéritas venganzas insondables en torturadas ceras de sensibilidad—mi madre: flor de alburas por tu segur hozada en plena primavera, me habló de Ti... Su lenta voz, manso fluir azul de una martirizada vertiente de dulzura, se hizo fe y oración: "Amarás a Jesús... El es maná de vida... El es oasis pleno de caridad de sombra, de bondad de agua pura en el delirio largo de la afebrada ruta"...

... Y se fué... Un Nazareno de mustio rostro exangüe, desde la cabeceira del lecho, en su mirada, opaca de tristezas, concentraba una eterna floración de promesas... Eras Tú... el dios bueno que bañaría mi alma en aguas de quimera y ungiría de cielo mis ásperos venenos...

ADAGIO TORMENTOSO

Y yo te amé... En pago tú pusiste el delirio de la inquietud en mi alma... Tú ordenaste al reptil del deseo que hincara sus dientes en los lirios intactos de mi carne... Tú tornaste cubil de la pantera instinto, mi corazón, que fuera como una cuna urdida en estelares sedas donde abeaban los júbilos niños de la Inocencia. Y así te amé...

Y hoy, cuando, extraviada la senda, coronado de fiebres, roto bajo la cruz negra de mis miserias, te llamo en las tinieblas, cuando en la noche, espesa de efluvios de fracaso, voy ebrio de la angustia que amarraste a mis pasos, y en un haz de alaridos mendigantes de luz alzo a Ti mi dolor, te haces sordo a mi voz! y eres Dios!... y eres Dios...

ANDANTE DESESPERADO

Oh! Jesús Nazareno, suave mártir lejano de un amor infinito... eres dios!... eres justo!... eres malo!... eres bueno!... se rompe contra un muro infranqueable de hielo, la oración que en tu busca va anhelante de cielo, o extrangulan los astros la espiral de mi grito!... ¿no pueden tus pupilas penetrar el horror de mi abismo de fango, de sangre y de dolor!... ¿No puedes exprimir un racimo de miel de tus vidés de amor en mi vaso de hiel!... No alcanza tu poder, no llega tu bondad a trasmutar en Bien todo el mal de mi mal! acaso no recuerdas que en tu encarnación fuiste enormemente solo... enormemente triste!... ¿no el almohadón de gloria donde la sien reclinas te ha hecho olvidar la hora roja de las espinas!... talvez, después de todo, ni existes, Nazareno... Quizás tan sólo fuiste un misero comparsa como yo... como todos en la trágica farsa... Y si es verdad... si existes... si eres dios... si eres fuerte si tejiste la carne con células de cieno, y le diste la vida... y el dolor... y la muerte, dí, Jesús Nazareno, ¿qué te cuesta ser bueno!... ¿qué te cuesta ser bueno!...

Fernando G. Oldini.

Como no se piensa en verso, como no se siente con verdad ni se renueva las imágenes manoseadas y envejecidas, puede afirmarse que la poeta florece hoy lejos de los poetas. Efectivamente: en Spencer, Darwin y Haeckel no hay más inspiración que en las rimas de sus contemporáneos? ¿Tiene Núñez de Arce las metáforas de un Guyau, Zorrilla el sentimiento de un Dickens o el colorido de un Goncourt? Hasta la armonía de las lenguas se refugia en los prosadores. Nadie osaría negar a Campoamor un talento fecundo y variado aunque auele poetizar en metafísica y "metafísica" en poesía. Ahora bien, léase Madame Bovary o Salambó después de las Dolores o los Pequeños poemas, y dígame donde luce la armonía del verso, responda: si el verso del poeta castellano sea iguala con la prosa del novelista francés.

El defecto de los poetas es el no entrar de lleno en la corriente del siglo, el arrastrarse cuando el mundo vuela, el preferir las retaguardias a los avances. Si representáramos a la humanidad por un ejército caminando a marchas forzadas, los modernos innovadores harían el papel de rezagos. ¿qué glorifican por lo general? hay la religión católica o el error confirmado en los muros de una iglesia, mañana la patria o el egoísmo encerrado en una denominación geográfica. Rarísima vez se remontan libro y alto para mirar en la verdad científica la sola religión de las almas escogidas o reconocer el Universo la única patria de los hombres civilizados. Como la poesía religiosa o eclesástica no pasa de sermones rimados o teología en consonantes y como la patriótica u oficial se reduce a política lánguida, o editoriales en verso qué olvidadas, qué insufrables, qué soporíferas las divagaciones de los creyentes y de los patriotas!

A un rey de Persia le habían anunciado que moriría de un bostezo; y como según el refrán, siempre se bosteza de sueño ó de hambre o de fastidio, los palanciegos se desvelaban porque su magestad se acostara temprano, comiera bien a sus horas y se rodeara de personas alegres y entretenidas. Primero que nada, suprimieron de la biblioteca real los libros de Jurisprudencia, moral y teología. Gracias a tan sabio sistema higiénico, el rey vivió medio siglo y prometía llegar a cien años. Desgraciadamente, el día menos pensado se halló a solas con un extranjero que le rogaba escuchar la lectura de una tragedia clásica, en verso, cinco actos y sus dos unidades de tiempo y lugar. ¿Quién no cede a un el oído, más antes de concluir la lectura de la primera escena, arroja un bostezo y muere.

Se concibe ya que algunos hombres tiemblan al sólo divisar un volumen de versos, principalmente en lengua castellana. Casi todos los poetas sudamericanos y españoles respiran el aire de la Edad Media, figuran como anacronismos vivientes. En lugar de trascender a néctar y ambrosía, hucen a incienso y pólvora, cuando no a humedad de cripta, a emanaación de cuartel. A más, como para ellos una versificación brillante supone ventajosamente a las imágenes y a las ideas, suenan hueco, tienen al-

na de aire, consistencia de vegija. Algunos, los que llevan el record, lanzan composiciones híbridas y ridículas, donde amalgaman el patriotismo con la idolatría, poniendo a Jesús el casco de Marte, a la Virgen el escudo de Palas Atena. De modo que si los poetas han dejado de aseasonar con tragedias clásicas, siguen adornándose con himnos religiosos y canciones nacionales.

El fracaso de las poesías castellanas traduce a diversos idiomas, o mejor dicho, la imposibilidad de vulgarizarlas entre los hombres cultos de Europa, nace no tanto del lenguaje enfático y ampuloso como del espíritu regional y estrecho. Es que por el odio al extranjero y al amor a las tradiciones religiosas, la nación española guarda mucha semejanza con el antiguo pueblo de Israel. En el verso castellano se aye repercutir el clamor de una secta o de un partido, más no se siente latir el corazón de la humanidad.

Manuel González Prada.

La sombra

“Pues aun cuando anduviera de medio de sombra de muerte...” —SALMO DE DAVID.

Yo osotros los que leáis estáis todavía entre los vivos; pero yo que lo escribo habrá ya hace mucho tiempo ido a vagar por la región de las sombras. Porque, en verdad, sucederán cosas extrañas, y se descubrirán muchos secretos y pasarán muchos siglos antes que estas memorias lleguen a ser conocidas de los hombres. Y, cuando lleguen a ser conocidas, habrá algunos que no les den crédito y algunos que las pongan en duda; pero habrá también algunos que encuentren mucho en que pensar en estos caracteres trazados con un stylus de hierro.

El año ha sido uno de terror y de sentimientos aún más intensos que los del terror, y por los cuales no tenemos un mundo para la tierra. Muchos prodigios y muchas señales se habían ya revelado; por todas partes, a través del mar y de la tierra, la peste había tendido sus negras alas.

Sin embargo, aquellos que eran autotendidos en la ciencia de las estrellas no ignoraban que los cielos tenían un aspecto ominoso; y para mí, el griego Qinos, entre otros, era evidente que ahora había llegado esa alternación que había de acontecer al fin del período de setecientos noventa y cuatro años en que, a la entrada de Aries, el planeta Júpiter se pone en conjunción con el rojo anillo del terrible Saturno.

El espíritu peculiar del éramonente, si no me engaño grandemente, se manifiesta no sólo en el orbe físico de la tierra, sino también en las almas, en las imaginaciones, en las meditaciones de los hombres.

Dentro de una sala grandiosa, en una sombría ciudad llamada Ptolemaida, estábamos una noche siete compañeros bebiendo una ánfora del rojo vino de Olios.

El aposento sólo tenía una entrada, que era una elevada puerta de bronce, puerta en que había sido fabricada por el artesano Carinosos, y, siendo de un trabajo exquisito, tenía mos apretada por dentro.

Además, las negras coladuras del sombrero aposento nos ocultaba la luz de las débiles estrellas y las desideratas calles, pero no quedaba, no exclamaba, ni el presagio ni el recuerdo del mar.

Había en torno nuestro cosas de las cuales no sé darne cuenta cabal—cosas materiales—cosas espirituales, una pesadez en la atmósfera—una sensación sofocante—ansiedad, y, sobre todo, ese terrible estado de la existencia que experimentan las personas nerviosas cuando sus sentidos están más vivos y despiertos, y tienen mientras tanto como dormida o atargada la facultad de pensar.

Nos dominaba un peso mortal que parecía caer sobre todas las cosas. Caía sobre nuestros miembros, sobre los muebles de la casa, sobre las espaldas que lo bebíamos: todo se veía agobiado por ese peso, todo, menos únicamente las llamas de las siete lámparas de hierro que alumbraban nuestra desordenada fiesta.

Elevándose en altas y angostas líneas de luz, permanecían ardiendo pálida o inmoviles, y en el espacio que su brillo formaba sobre la mesa redonda de ébano en torno de la cual estábamos sentados, cada uno de nosotros veía reflejarse la palidez de su propio semblante y el resplandor inquieto de los abatidos ojos de sus compañeros.

Sin embargo, reíamos y nos alegrábamos a nuestro modo, que era un modo histórico y heroico. Las canciones de Anacreonte, que son canciones locas; y bebíamos sin tasa, aunque el color púrpura del vino nos hacía acordar de la sangre. Porque había todavía otro ocupante del aposento en la persona del joven Zoilo. Ya era muerto y estrado, cubierto de un sudario y parecía el demonio o el espíritu de la oscuridad. ¡Ah! El no tomaba parte en nuestra alegría, a no ser con la expresión de su semblante, demudado por el flajeo, y con sus ojos, en los que la muerte sólo había extinguido a medias el fuego de la peste—así parecía participar de nuestra alegría como pueden hacerlo acaso los muertos en las alegrías de los que van a morir.

Pero aunque yo, Oinos, sentía que los ojos del difunto se fijaban en mí, me esforcé en no querer ver la amargura de su expresión.

Bajando la vista, la fijé en el fondo del espejo de ébano y canté las canciones del hijo de Teles. Pero poco a poco mis canciones cesaron; y, como esas, recuérdese a lo lejos entre las oscuras coladuras de la sala, se apagaron, se desvanecieron, se extinguieron.

Y, ¡mirad! de entre esos negros cortinajes, por donde los ecos de la canción se perdían, salió una sombra oscura, o indefinida—una sombra como era que la luna cuando ha descendido en el cielo pudiese formar y proyectar del bulbo de un hombre: pero no era la sombra de un hombre, ni de un Dios, ni de ninguna cosa conocida.

Vaciando, tumbando un rato en las coladuras del aposento, se detuvo en un lado entre sobre la superficie de la puerta de bronce.

Por la sombra era vana, informe, indefinida y no era sombra ni de hombre ni de Dios—nada de los griegos, ni dios de los caldeos, ni ninguno de los ángeles de los egipcios. Y la sombra se detuvo en la puerta de bronce y bajo el arco del establimiento de la puerta; y si no se movió, ni habló una palabra más; paróse allí, y allí permaneció.

Y la puerta sobre la cual se detuvo la sombra estaba, si recuerdo bien, dando de frente a los pies del joven Zoilo, que yacía envuelto en el sudario.

Pero nosotros, los siete que allí estábamos reunidos, habiendo visto la sombra cuando salía de entre las coladuras, no nos atrevimos a mirarla fijamente; más bajámonos la vista y mirámonos continuamente al fondo del espejo de ébano.

Y por fin yo, Oinos, hablando con voces apagadas, pregunté a la sombra cuál era su morada y cuál su nombre. Y la sombra respondió: “Yo soy la sombra que en morada está entre de las catacumbas de Ptolemaida, no lejos de esos oscuras Campos Elisios que deslidan con el impuro y negro canal del Aqueronte”.—Y entonces los siete que allí estábamos saltamos horrorizados de nuestros asientos, y temblando, estremeciéndonos, permanecimos petrificados en nuestros espartos;—porque al tono de voz de la sombra, no era como los tonos de ningún ser, sino como los de una multitud de seres, y que, variando de cadencia en cada sílaba, llegaba trétemicamente hasta nuestros oídos con los bien recordados y conocidos acentos de muchos mítes de amigos fallecidos.

Edgardo Poe.

Qué tiempo con el espacio

“No empobrecen tu corazón odiando a los que ayer, cuando tu fuerza les servía de apoyo, te llamaban: ¡Héro!!”

“Pero ahora que las ha abandonado para dirigirte hacia tu libertad, esos te llaman: ¡Bárbaro!”

“Reserva tu desdén para el enemigo más fuerte; tu ira para el más débil; al sobre de alma llámalo solamente tu desprecio y si quieres ser magnánimo también al misero.”

“¿Quiénes son esos? La noche era el templo de su gloria, hablaban entre el inerte silencio de los esclavos; los esclavos le osequiaban y les reconocían como jefes.”

“¿Qué tienes de común con ellos, si no eres esclavo? Cautó era su discurso sobre las maravillas de la libertad; los esclavos lo reconocieron como jefe. ¿Qué tiene de común con ellos si no eres esclavo? Cautó era su discurso sobre las maravillas de la libertad; y ríete su palabra, contra la violencia. No de ellos surgió la aurora estrepitosa de tu corazón resucitado; en la sangre están empapadas las grandes jornadas.”

“Velando las afanosas tinieblas de la violenta violencia, los pájaros negros no temían el sonido de sus voces. ¡Eran, éstos, las estrellas que guiaban en la noche!”

“Apreciación como fuegos fatúa en los pantanos; quien los seguía parecía en el lodo de sus contradicciones y naufragaba en el fango de sus aspiraciones mezquinas.”

Maman siempre la violencia para nutrir su misero cuerpo, son solamente capaces de esto.

“Tú eres la fuerza creadora sobre la tierra. Cuando eres ignaro, aunque capaz de substraerte de la esclavitud, ellos te adulan diciéndote: ¡Tú eres la fuerza creadora! Te arrojan delante de la lucha creyendo que tú, venciendo, habrás destruido los viejos tiranos exhaustos y otorgado a ellos, los nuevos, la libertad de oprimirte y erigir sobre tus espaldas su sórdido bienestar.”

“Mas, como la victoria ha estado contigo, has querido luchar hasta la completa libreración de las tonas de los perdidos, y arrojando los ojos sobre lo que has creado y afirmas tu derecho a ser de tu vida, mientras ellos te gritan indignados:

“¡Bárbaro, tu destruyes, no edificas! Quisieras que construyeras para ellos solamente; sonríe, si quieres, a la oscura de los parásitos, pero reserva tu ira para el enemigo más digno. Con mano hábil han recogido pocas miradas de libertad; la han obtenido como ladrones y mendigos; pero sus débiles manos no saben contener tampoco eso, puesto que los viejos tiranos conservan aún la fuerza brutal suficiente para luchar por el predominio de su vileza y por el predominio de la violencia sobre tí.”

“¡Hombre, caminal! Tú eres la intagable fuerza que todo lo crea, la haces inexistente de la creación, tú haces nacer los dioses y los héroes, y si los microbios te roen desordenadamente tus miembros sacralos a tiempo de tu cuerpo a fin de que no penetren astutos y ávidos en tu pecho.”

“No te vuelvas ni siquiera para escurrir con desprecio esas almas ávidas y vilis.”

“¡Tu propia saliva sería honor y nutrición para tus parásitos, ¡Caminal!... Todos los templos sobre la tierra surgieron por obra de tus manos: Camina para erigir el templo de la Justicia, de la Libertad y de la Verdad.”

“¡Camina, compañero!...”

MÁXIMO GORKI.

APARECIÓ

Y Dolor, dolor, dolor...

POEMAS DE

Fernando G. Oldini

Precio \$ 2

Pida Ud. ejemplares a G. V.

Casilla 3323

La Pluma

Con muchísimos sacrificios, los redactores de esta publicación lograron publicar cinco números; pero en este último tiempo, ha sido imposible continuarla debido a la falta de fondos y también de colaboradores.

En la imposibilidad de continuarla, sus redactores han llegado a un acuerdo con los directores de NÚMEN, por el cual «La Pluma» se fusiona a esta revista.

En consecuencia, desde ahora las suscripciones de «La Pluma» serán servidas por «Númen».

Los suscriptores que no acepten esta fusión, pueden escribir a Casilla 3323 a fin de remitirles lo correspondiente a los números no publicados.

(Firmado) González Vera, Juan Egala.

Librería Andaluza

San Pablo 1139

Recibió gran surtido obras literatura, ciencias, artes, filosofía, etc.

PRECIOS BARATÍSIMOS